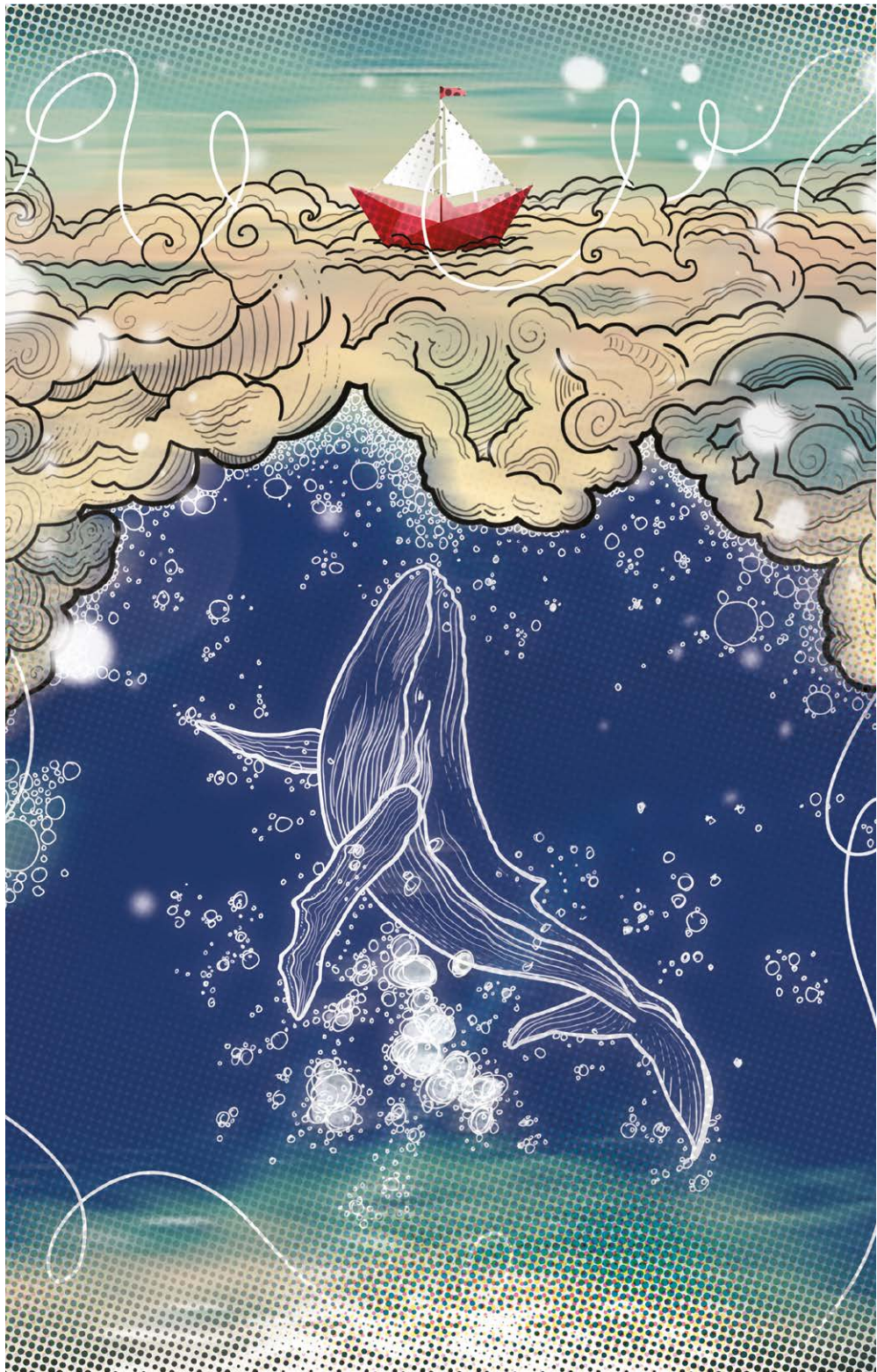
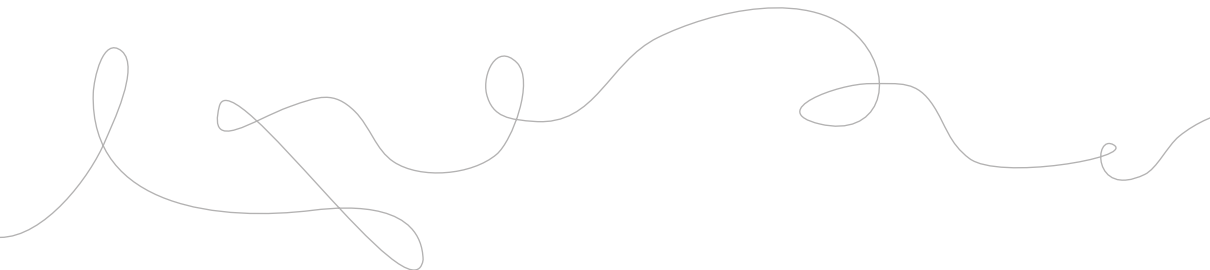






6.

Renzo: el hijo de la sangre y el fuego

Entregado desde sus primeros días de vida a un extraño grupo de poderosos místicos, Renzo aprendió a sobrevivir sin el amor de sus padres. La Hermandad fue su hogar, un mundo donde la magia y el dolor se entrelazaban como raíces ocultas bajo tierra. A pesar de haber recibido desde temprana edad duras lecciones sobre la crueldad del mundo, nada lo preparó para el día en que descubriría que su pasado no era más que un eco vacío, y que su futuro estaría marcado por un fuego que lo consumiría desde adentro.

Como muchos de sus compañeros, Renzo cargaba con las heridas de la orfandad, que, con frecuencia, se manifestaban en ansiedad e inseguridad. Estos niños temían ser abandonados de nuevo, lo que los hacía inestables, desconfiados, cautelosos y con dificultad para formar vínculos profundos y duraderos. Sin embargo, en la Hermandad todos eran familia; pues trabajaban con disciplina para enfrentar el miedo, temprar el carácter, endurecer la voluntad, velar por el bien común por encima del propio y, sobre todo, cumplir con obediencia.

Renzo se nutría de las enseñanzas de sus maestros, en especial de Hefesto, a quien consideraba como un padre. Su relación, basada en el respeto y la subordinación, derivó una confianza fraterna producto de una mutua admiración. Llegado el momento, Hefesto decidió revelarle la verdad sobre

su origen, o al menos lo que creía saber. Aunque Renzo ya era adulto, seguía siendo joven, inexperto y volátil. Aquella confesión lo quebró y desde entonces, no volvió a concentrarse en los entrenamientos; pasaba las noches en vela imaginando cómo serían sus padres, preguntándose por qué lo habían abandonado, justificándolos en silencio: “Debieron tener sus razones”.

Los días pasaron y su dolor dividió su vida en dos realidades opuestas: una, la que tenía con la Hermandad; otra, la que anhelaba, basada en lo que pudo ser pero nunca fue. Consumido por una angustia silenciosa, desafió el destino que se negaba a aceptar, empacó sus pertenencias y, sin mirar atrás, abandonó a sus hermanos en busca de una familia sin rostro.

Caminó por estrechos pasajes, anduvo sin descanso por inmensas llanuras y escaló con fuerza las más imponentes montañas, esperando divisar aunque fuera una sola pista del paraje de su anhelada madre. A pesar de creer que todo fue en vano, cierto día, justo después de llorar su desdicha, se encontró con una comunidad de gitanos que guió su fe en la dirección correcta. Llegó a un asentamiento religioso en miseria, en donde su líder, un pastor de avanzada edad, carismático y zalamero, le proyectó una energía de desconfianza bastante incómoda y evidente. Esto puso en alerta a Renzo, quien no quiso revelar su identidad real ni sus verdaderas intenciones.

Lo recibieron con falsa cortesía, planeando sorprenderlo para convertirlo en alimento, creyéndolo un viajero solitario y sin raíces. Pero tras la cena, Renzo irrumpió en los aposentos del pastor y, con fuerza nacida de la desesperación, lo sometió exigiendo respuestas. El anciano confesó que había buscado a su madre durante años, pero ella se había desvanecido como un fantasma, dejando solo un rumor vago. Renzo siguió esa pista durante siete lunas. Entre alegrías fugaces y dolores profundos, finalmente la encontró: moribunda, consumida por el opio y una cruel enfermedad de putrefacción que la devoraba desde adentro.

—¡No te preocupes madre!, yo puedo salvarte. Aprendí cosas inimaginables en la Hermandad y no pienso perderte ahora que te he encontrado —le juró con la voz rota y temblorosa.

Recurrió a las artes místicas, probó medicinas ancestrales, formuló pócimas y conjuros de magia blanca, aunque ella no mejoraba. Finalmente, invocó a los espíritus de los siete planos elementales, pero todos respondieron que ya estaba fuera de su alcance; sin embargo, le recomendaron llevarla al sur, a la Cueva de los Tres Ojos, santuario de las Tres Hermanas de la Luz, atendido por las Sacerdotisas del Tiempo. Allí habitaba uno de los cinco fragmentos eternos, cuyo poder podía salvarla.

Renzo emprendió un duro viaje con su madre y contrató un grupo de sirvientes para ayudarlo con tan difícil tarea. Al llegar a la cueva, solicitó una audiencia con las hermanas, pero esta fue denegada por las centinelas que custodiaban el santuario. En postura de humildad y respeto, aguardó a las afueras del sagrado lugar, implorando y suplicando por ayuda. Pasaron los días, y él seguía esperando de pie con paciencia, tal y como le habían aconsejado los espíritus. La lluvia comenzó a golpear la tierra, reflejando la tristeza que le desgarraba el alma, y en un acto de humildad y sumisión, se ofreció a sí mismo como ofrenda para la diosa del tiempo en la noche de la séptima luna llena. Titubeó al levantar la espada sobre su brazo dominante, pero luego lo cortó de un solo tajo, cayendo de rodillas ante a las centinelas, con la mirada fija en un monumento con forma humana a la entrada del santuario, cuando de pronto, este se estremeció y le indicó el camino.

Las sacerdotisas socorrieron a su madre y salvaron a Renzo del desangramiento. La salud volvió a ambos, pero Renzo, consciente del precio pagado, se ofreció como servidor del santuario y su madre fue acogida como una de las hermanas. Allí, madre e hijo convivieron al servicio divino durante un buen tiempo y, a pesar de las circunstancias, la magia de su reencuentro los regocijó con bienaventuranza.

Mientras tanto, en el extremo norte, entre Boreth y Borealis, Hefesto discutía con sus discípulos sobre el paradero de Renzo. Alarmado por su prolongada ausencia, envió un escuadrón; no a rescatarlo, sino a juzgarlo por desertión. Al llegar, una barrera invisible los detuvo. Las sacerdotisas declararon que Renzo era ahora su esclavo y les pertenecía por derecho: habían salvado una vida en un cambio justo. La hermandad exigió su entrega pacífica, ofreciendo oro en compensación, pero advirtió que, de

no llegar a un pronto y mutuo acuerdo voluntario, en tres días tomarían el santuario por la fuerza y su castigo sería una muerte lenta y dolorosa.

Mientras miembros de la hermandad aguardaban afuera en postura de alerta para el ataque, Renzo se debatía en la desesperación aterrado de perder lo que su corazón tanto había buscado. Intentó insistentemente persuadir a su madre para huir juntos, para empezar de nuevo lejos de allí; pero ella se negó con firmeza, pues su fe se había renovado en aquel lugar y ahora solo quería dedicar su vida a ser una sacerdotisa, y servir junto a sus hermanas a la diosa antigua que le dio una segunda oportunidad de vida. En medio de aquella insistencia y la tensión que se propagaba rápidamente, una disputa con las centinelas estalló y Renzo en su afán por llevarse a su madre así fuera por medio de la fuerza, las enfrentó y cayó muy malherido, quedando al borde de la muerte.

Su madre, como nueva sacerdotisa y hermana del santuario, suplicó clemencia y logró que lo atendieran; pero, su plan iba más allá. Cuando la calma regresó, irrumpió en las entrañas más profundas del santuario y, con lo poco que sabía invocó torpemente el poder del fragmento de los eternos que se encontraba allí, plantando “La Semilla de Fuego” en el ombligo de su hijo, y Renzo sanó al instante, contemplando con angustia cómo su madre una vez más, se sacrificaba por él mientras su cuerpo se consumía en combustión espontánea..

Las Tres Hermanas al ver que todo marchaba según sus visiones, dieron orden a las sacerdotisas para liberar a Renzo y le permitieron escapar en secreto, no sin antes advertirle que la semilla en su interior despertaría un poder latente único en él, que lo llenaría de fuerza divina, magia y visiones proféticas. Pero no todo era bienaventuranza, estas maravillas estaban encadenadas al pago de un alto precio, pues cada acceso al poder del fragmento, requería un sacrificio: el consumo de su propio cuerpo y de sus órganos internos por un fuego intenso, el cual lo quemaría todo desde adentro hasta finalmente convertirlo en cenizas.

Luego de este trágico incidente, Renzo se embarcó para navegar sin rumbo por tiempo indefinido, saqueando barcos y explorando destinos durante años. Saqueó barcos y exploró tierras desconocidas, esperando que sus travesías le permitieran, por primera vez, ser libre de toda

atadura y empezar a llenar aquel vacío profundo que el pasado había socavado en su corazón. Vivió infinidad de aventuras, disfrutando de una vida tan atemporal que algunos incluso lo creyeron inmortal, y su existencia se convirtió en leyenda, debido a la gran cantidad de historias que los juglares cantaban sobre el héroe mitológico. Como cuando fue devorado por un mounstro marino cerca de las Islas de Qelthazar; o cuando conoció la mítica ciudad submarina de Avalon, donde aprendió a hablar con los peces y se casó por primera vez con una hermosa criatura marina. También cuando viajó al centro de la tierra y venció a los Gholem; o cuando una diosa lo bendijo con un poder divino en agradecimiento por salvarla.



Escanea este código.
Cierra tus ojos y deja que la música
de esta historia,
guíe tu alma hacía un nuevo viaje.